

### **¿Mexicanizar a México?**

El exsecretario de Hacienda (1977-1982), David Ibarra, con el respaldo de su experiencia, fue contundente: al sumarse al neoliberalismo, México ganó en estabilidad económica, pero perdió en crecimiento. Con un incremento del PIB que hoy ronda el cero, con más de la mitad de su fuerza de trabajo en el sector informal, el crecimiento es un imperativo tan urgente como modificar una distribución donde el 10% de la población se lleva el 60% del ingreso. A estas alturas, Ibarra no ve sentido en “seguir de neoliberales cuando éste [modelo] ha perdido el piso y ya es una figura obsoleta”. México debe cambiar e inventar sus propias estrategias de desarrollo (La Jornada, 15 y 16/01/20).

En economía, como en cualquier ciencia social, hay varias corrientes teóricas que se disputan el diagnóstico y solución de los grandes problemas de una realidad nunca bien aprehendida. Uno de los tales problemas es cómo lograr que países atrasados recuperen el tiempo perdido y cierren la brecha que les separa de las sociedades punteras en desarrollo. Esta cuestión, de importancia vital para millones, ha dado pie a numerosas propuestas en competencia y conflicto.

En el México del siglo XXI, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) ha planteado poner en práctica lo que sugieren David Ibarra y muchos otros: dejar atrás el neoliberalismo. Ello tiene una clara limitante: tras la desaparición de la URSS no queda alternativa al modo capitalista de producción y el cambio se tiene que dar como una variante de la economía de mercado.

En nuestro caso, sigue sin quedar claro cuál será esa variante que pueda sustituir al proyecto que se echó a andar con Miguel de la Madrid y que se ha tornado tóxico. Carlos Urzúa, también exsecretario de Hacienda, sostiene que, hasta ahora, la política encabezada por AMLO sigue preservando rasgos centrales del neoliberalismo, y que abarcan desde el T-MEC hasta la insistencia en la inversión en energía fósil, (EL UNIVERSAL, 06/01/20). Un economista de El Colegio de México, José Ramón (JR), se ha propuesto esbozar en “La herencia del experimento neoliberal” (El Trimestre Económico, enero-marzo 2020, pp. 13-49)..... creencias neocoloniales (Ibarra dixit)

Se parte de esta premisa: el desarrollo de los hoy subdesarrollados es un asunto demasiado importante como para dejárselo al mercado. Es el aparato de gobierno el que debe impulsar el cambio y reactivar el nacionalismo como disparador de la imaginación mayoritaria para legitimar y hacer tolerables políticas que sacrifiquen el consumo presente en aras de la inversión y del largo plazo. Los recursos –la planta industrial es fuente insustituible de una base tecnológica realmente propia, (en EU el sector manufacturero representa apenas el 14% del PIB pero genera más del 90% de las patentes--), y para ello hay que reformular la relación con Estados Unidos y con el esquema creado alrededor del TLC, ahora T-MEC.

Si el T-MEC va a funcionar como el TLC, México seguirá siendo un mero maquilador, pues el 80% de sus importaciones son bienes intermedios incorporados a sus exportaciones. Si al inicio de los 1980, el 60% de las importaciones mexicanas eran bienes de capital para la manufactura, hoy la cifra es un escuálido 10% pues la parte medular de la industria en México no es mexicana. De las 15 empresas armadoras de autos, ninguna es nacional y de las 30 que fabrican autopartes, sólo seis son mexicanas. Como las grandes empresas exportadoras extranjeras suelen utilizar relativamente poca maquinaria y equipo y mucha mano de obra, su transferencia de tecnología es mínima.

La tesis central de Ibarra y de JR es que el enorme esfuerzo que ha significado establecer un nuevo régimen político en México debe aprovecharse no para conformarse con negociar “con éxito” el T-MEC, sino para algo más sustantivo: mexicanizar a México. Y eso sólo se puede hacer desde el Estado, rompiendo inercias, confrontando intereses y movilizándolo a la base social.

JR considera que el ejemplo asiático da sostén a su propuesta, pero para que esta tenga sentido entre nosotros debe evitarse una de sus características históricas: el autoritarismo que ha caracterizado temporal o permanentemente a muchos de esos éxitos –Japón, China, Taiwán, Corea, Vietnam--, pues de autoritarismo los mexicanos estamos escarmentados y, esperemos, vacunados.

#### **COLUMNA DE LORENZO MEYER. Enero 26 del 2020**

**2024**

- ***El viejo PRI vive, el acoso judicial a Sergio Aguayo lo demuestra***

El sexenio apenas despunta, pero las circunstancias de la 4T aconsejan pensar en su “más allá”, en el 2024.

En México, la historia ha dejado bien sentado que la reelección sigue sin ser opción: Francisco I. Madero la condenó, la Constitución de 1917 la prohibió, Alvaro Obregón la reinstaló, pero su asesinato terminó por reafirmarla. Miguel Alemán exploró la posibilidad de cambiar ese principio, pero la reacción en contra lo hizo desistir: Quizá algún mandatario posterior acarició la idea de permanecer, pero ya no pasó a mayores. Andrés Manuel López Obrador (AMLO) ha dicho repetidamente que, al terminar su periodo, en octubre de 2024, él se va. Entonces ¿cómo podría presentarse el futuro para la 4T?

En varias ocasiones, el Presidente ha expresado que su propósito es usar su periodo para hacer y consolidar un cambio de régimen. Tiene prisa y la vista puesta en el presente y en el futuro por lo que no quiere gastar tiempo ni energía en ajustar cuentas con el pasado.

Sin embargo, precisamente por eso, por el futuro, a él y a su partido les conviene reflexionar sobre ciertos eventos del pasado. Me refiero, en particular, a las circunstancias que llevaron a pasar del cardenismo (1934-1940) —una etapa muy valorada por AMLO— a su antítesis: el alemanismo (1946-1952). A partir de Miguel Alemán, la política mexicana dio un vuelco a la derecha hasta desembocar en el desastre que fue el sexenio de Enrique Peña Nieto (2012-2018).

En 1935 el presidente Cárdenas desató un blitzkrieg político contra el “Jefe Máximo de la Revolución Mexicana” —el expresidente Plutarco Elías Calles— y su grupo. Logró marginar del círculo del poder no sólo a Calles sino a otros expresidentes, a secretarios de Estado, gobernadores, caciques, generales, congresistas y otros, y llevó al país por una ruta de políticas radicales —reparto agrario, expropiación petrolera, revitalización del sindicalismo, educación socialista, política exterior antifascista, reestructuración del partido oficial y más.

Pero al final de tan espectacular sexenio, los afectados reaccionaron y se mostraron dispuestos a llegar incluso a la insurrección para impedir la continuación de ese proyecto. Cárdenas no contó entonces con una organización partidista segura de sus valores y dispuesta a enfrentarse a quienes desde dentro y fuera se oponían a continuar por la ruta trazada en 1935. En esa coyuntura, Cárdenas debió dejar una presidencia que él había convertido en la institución más poderosa, en manos de un moderado —Manuel Avila Camacho— para neutralizar a las derechas encabezadas por Juan Andrew Almazán. El cardenismo no desapareció, pero ya no fue capaz de seguir adelante y mal defendió lo logrado.

AMLO ganó el poder apoyado por un partido recién creado por él, Morena —una mezcla de grupos e intereses que aún no fragua en una estructura sólida— pero también por otras organizaciones y ciudadanos que poco o nada tenían que ver con ese partido, pero que apoyaron a su candidato por su carisma, por el hartazgo con el status quo y por la capacidad de negociación de AMLO con personalidades e intereses poco dados a identificarse con la izquierda. El enorme esfuerzo del Presidente por sostener el contacto con sus bases y responder a sus demandas, mantienen alta la popularidad de AMLO pese a que sus políticas aún son más promesas que realidades.

La rapidez con que en el pasado los adversarios del cardenismo lo desmontaron una vez que el general michoacano dejó la presidencia, debe motivar a AMLO y a Morena a tomar hoy las medidas que eviten que en 2024 la 4T pueda correr la misma suerte que la 3T. Sin embargo, hoy y visto desde fuera, Morena parece más un campo de batalla que una organización cohesionada, capaz y dispuesta a no perder el futuro. Si le va bien a ese partido en las elecciones intermedias, será menos por méritos propios y más por las acciones y carisma del Presidente.

AMLO ha declarado su intención de no meterse en las disputas internas de Morena, pues ya tiene suficiente con sus responsabilidades como jefe del Ejecutivo. Sin embargo, si ese partido no se consolida rápido, no habrá tiempo ni estructura capaz de generar la energía que permita a la 4T resistir el embate de sus adversarios.

Quien sea el sucesor de AMLO no puede heredar su carisma y la vigencia de la 4T va a depender de la institucionalización del cambio. Morena debería dejar de ser un actor secundario, como hoy pareciera el caso, para acumular energía propia de cara al inevitable 2024.